

EL ESPIRITU DE COLABORACION

Por María SAN MIGUEL
DIRECTORA DEL INSTITUTO
«SANTA CATALINA DE ALEJANDRIA»
DE JAEN

MIENTRAS los pueblos jóvenes del nuevo Continente contemplan nuestra «agonía» y en calidad de espectadores asisten al «atardecer de Europa», nosotros los «espectadores» nos empeñamos en demostrarles, por el contrario, que esa agonía, esa lucha violenta es la crisis propia de todo nacimiento.

El progreso tiene lugar por evolución y por crisis. Esta le es necesaria al individuo para alcanzar la madurez y a los pueblos para descubrir su misión y tener «historia». Ya Nietzsche nos advierte que el problema europeo no es sino *la crisis del alma del hombre occidental*.

Admitimos con Van der Meerch que «existe una sed de absoluto, una sed de renovación en cada gran recodo de la Historia, cuando el desorden se ha vuelto intolerable y un mundo viejo está en trance de desaparecer en una extravagancia desesperada, sed que se apodera de infinitas almas y las oprime con un ansia violenta».

Pues bien, vislumbramos en esta sed de renovación no sólo europea sino universal, que se ha apoderado ya de tantos corazones jóvenes y entusiastas como *una nostalgia de unidad*. Parece como si la humanidad comenzara a darse cuenta que el aislamiento que divide y separa ha perjudicado tanto a los individuos como a la sociedad, tanto a la familia como a las naciones; que toda disgregación, toda división lleva en sí alguna huella de pecado.

Un hecho concreto: No ya en Europa sino en el país de la especialización, en Estados Unidos, después de la segunda guerra europea,

a partir del 54 hubo un cambio radical en programas universitarios, y una de las razones que se dieron fue el deseo de evitar en lo posible los peligros de la especialización que tiende a separar los hombres en compartimentos, estancos, en vez de reunirlos por medio de una experiencia humana común, base de una vida democrática, tan importante en Norteamérica. No se trata de eliminar al especialista, dijo E. A. Johnson, sino *que entienda el papel de hombre que Dios le dio*. Que sepa proyectarse a la Comunidad, diríamos nosotros, en lugar de aislarse en esa especialización que embrutece al hombre civilizado.

Uniones aduaneras entre naciones, Mercado común, cooperativas, uniones defensivas bajo uno u otro epígrafe, son términos y acontecimientos familiares para quienes diariamente dedican algún ratito a la lectura de la prensa o al Telediario.

Ahora bien, cuando las naciones se han visto obligadas a unirse para no desaparecer, las Comunidades de clausura a federarse para subsistir y millones de familias expatriadas se han visto necesitadas a pedir ayuda a otras naciones, podríamos creer fácilmente que el espíritu de colaboración, indispensable para esa anhelada unidad, está pronto a resurgir y a afianzarse entre los hombres; pero si esta colaboración no dimana del sentido auténtico del ser humano, vamos de nuevo al fracaso.

Pero hay todavía más. La persistencia de los platicos volantes atravesando nuestra atmósfera empieza a despertar la sospecha de que otros seres más evolucionados nos observan. Es posible que esa evolución no sea sólo técnica, sino síquica. O sea, tal vez hayan superado esta fase primaria agresiva en la que aún nos hallamos y asustados por ello retarden el intento de comunicación por tantos terráneos ya deseada. Esperarían nuestra evolución social, lo cual equivale a decir: a que sepamos colaborar.

Sabemos que las ideas gobiernan los actos. Por tanto, si queremos aportar nuestro tributo personal para que esa nostalgia de unidad se haga realidad, o sea si queremos actuar con espíritu de colaboración necesitamos alimentar nuestra inteligencia con ideas claras y concretas.

FILOSOFIA DE LA COLABORACION

Se da en la vida humana un dualismo que, según Simmel, no es posible describir directamente, sino contentarnos con sus manifesta-

ciones. Es un hecho que al interpretar los fenómenos de la existencia tropezamos siempre con una dualidad de fuerzas.

Si nuestra vida fisiológica, continúa el mismo autor, nos habla de la necesidad del movimiento no menos que de la quietud, de la acción como de la recepción, en la vida espiritual sentimos el afán de generalización a la par que la necesidad de singularizarnos.

En la Historia de la Humanidad se ve siempre latente el impulso a fundirnos con nuestro grupo social y el afán de destacar fuera de él nuestra individualidad.

Así pues, se trata de dos fuerzas antagónicas, *la singularidad y la generalización*. En efecto, tendemos a destacar y a apoyarnos en los demás, tendencias que Dios ha puesto en todos nosotros para conseguir el fin único y verdadero.

¿No es posible, como asegura Simmel, describir directamente ese dualismo?

Escuchemos al Rvdo. P. Ramón Eizaguirre: «El hombre es un ser que vive la vida que Dios le ha comunicado».

«El hombre como persona es *intransferible*, no puede perderse ni diluirse en el grupo, tiene que destacar, singularizarse, proyectar su personalidad hasta el máximo. Como personas tenemos que dar al ser intransferible su máxima y auténtica profundidad». Y añadimos nosotros: ¿No es así como se alcanza la santidad?

«Pero el hombre, considerado no como ser sino como *Vida* es comunión. Convive la vida. La vida es CONVIVENCIA. La realidad de nuestra existencia es, por consiguiente, la fusión de personas en la Vida», en esa vida que es participación de la Vida divina. La Vida es COMUNIDAD y el lazo de unión es el amor que Dios depositó en nuestros corazones».

«Ahora bien, si como personas hemos de dar al ser intransferible su máxima y auténtica profundidad, como partícipes de la Vida se ha de dar la máxima *compenetración*, la máxima transfusión, la máxima identificación entre el yo y el prójimo».

He aquí la explicación a ese par de fuerzas antagónicas que nos citaba Simmel.

Claramente se deduce que el hombre no es un ser aislado en la Vida. Saben los psicólogos que el niño que asiste a la escuela por pri-

mera vez y al cabo de dos o tres semanas no ha entablado alguna clase de convivencia, es un ser tarado siquicamente y que como tal hay que tratarle.

La sicología experimental moderna nos habla de que el aislamiento es perjudicial para el individuo, para el desarrollo de su personalidad.

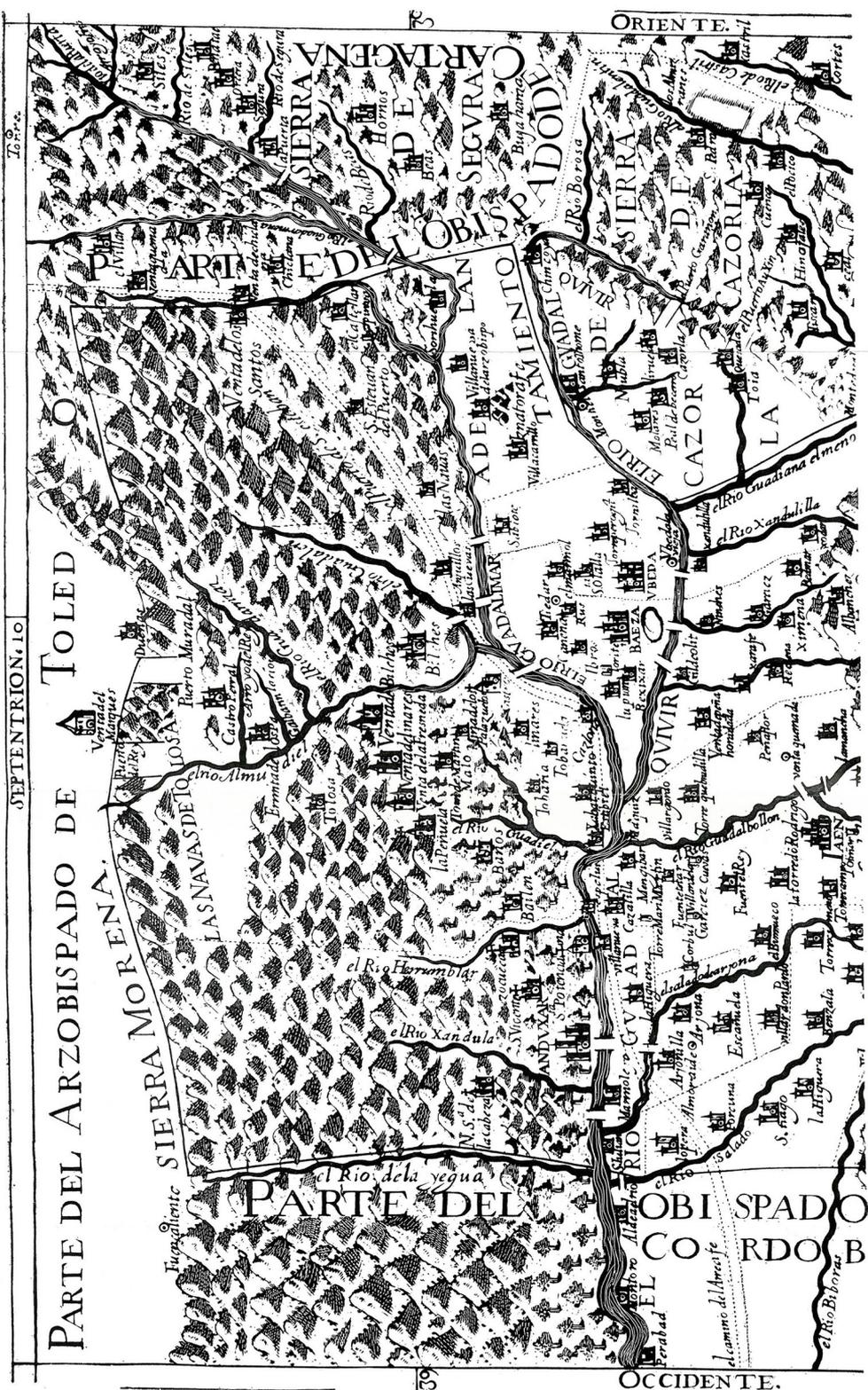
¿Y quién de nosotros no ha experimentado lo nocivo que le ha sido el aislarse, el cerrarse dentro de sí, el no desahogarse, el no incorporarse valientemente a la Comunidad después de un fracaso?... Somos sociales por naturaleza y por tanto no podemos desentendernos de los demás. Dios ha hecho un precepto, un mandato único que explica la única realidad existente: El Amor. Dios ha depositado una chispita de su amor en nuestros corazones para que podamos corresponder a su actitud piadosa hacia nosotros; pero quiere que ese amor no sólo se vuelva en dirección vertical hacia El: «Amarás a Dios...» sino que se expande radialmente hacia nuestros hermanos: «Amarás a tu prójimo...»

Tenemos, por tanto, un tributo a la Vida, que es un tributo a la vida común, a la Comunión. Este tributo lo exige nuestra misma esencia. De ahí que el individuo si se cree aislado, llegue igualmente su aportación a dejar de proyectarse, no se proyecta en la vida. QUIEN SE AISLA DEJA DE SER CATOLICO.

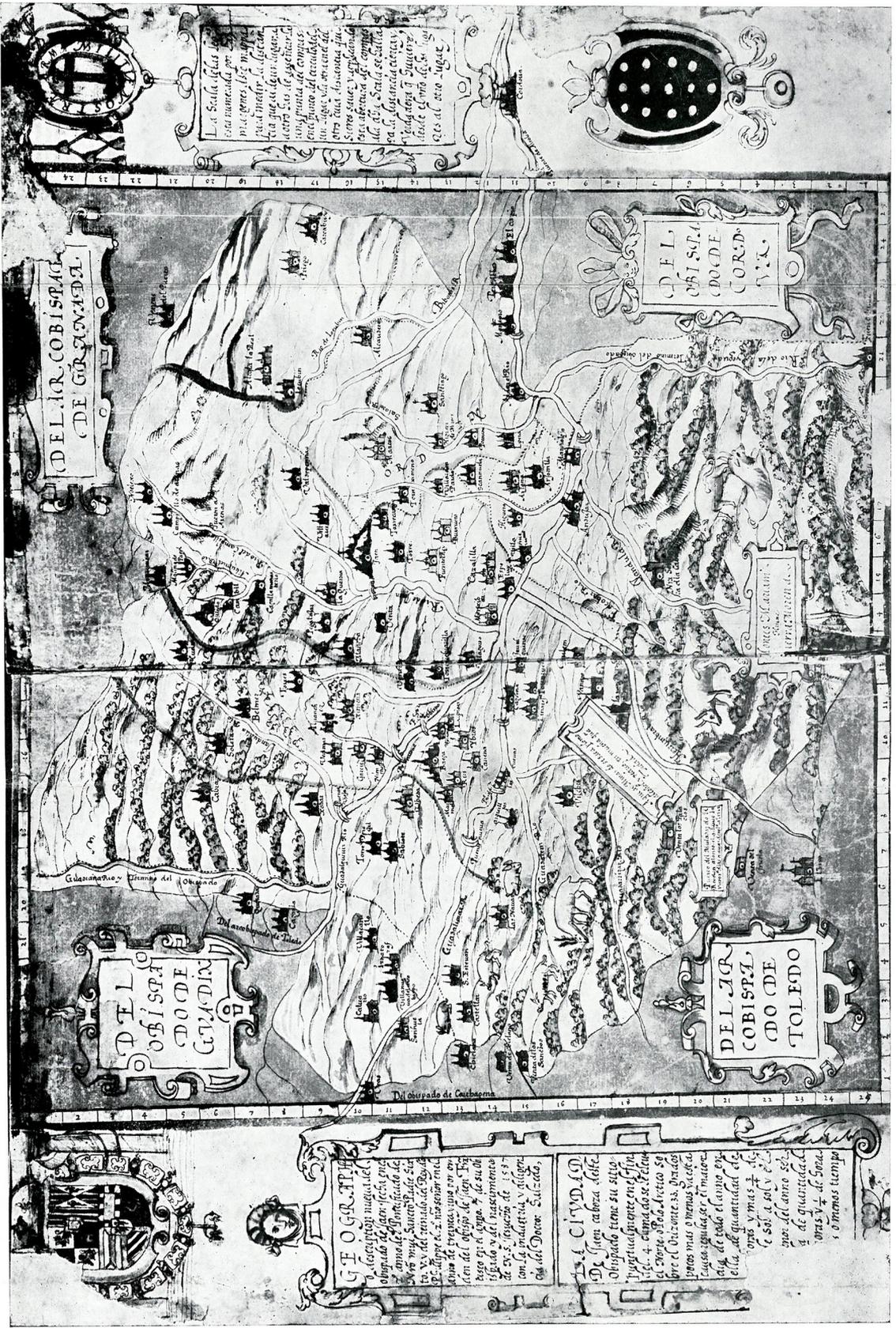
CONCEPTO CATOLICO DE LA SOCIEDAD

Por influencia de la Filosofía griega nos ha llegado un concepto de la sociedad un tanto limitada. La sociedad, en efecto, no es sólo una muchedumbre que se ha asociado para lograr la suma de energías, lo que no podría hacer el individuo; no es sólo comparable con la colmena en que cada individuo tiene que desarrollar un trabajo especial y que por la suma de todos los trabajos logra el fin propuesto.

Es es un concepto erróneo de la vida a la par que egoísta. La Sociedad, la Comunidad, mejor dicho, lo es así *inicialmente*, porque el fondo de la única realidad es ese amor que Dios ha depositado en nuestros corazones y que forma la Unidad de la Vida. Recuérdense que la Filosofía católica nos dirá que la única realidad es DIOS EN



Mapa de Gregorio Forst, de 1653, en el que aparece señalado "el camino del arrecife" o antigua calzada romana, notándose lo exacto de su trazado, coincidente en casi todos sus puntos con el estudiado en el presente trabajo; nótese que el cruce del Guadalupe lo realiza, precisamente, aguas arriba de la confluencia del Guadiel, probablemente en el punto dominado por el castillo de Estivel



Mapa del Obispado de Jaén, "hecho con la industria y diligencia del Doctor Salzedo", el año de 1587, y que se conserva en la sección correspondiente de la Biblioteca Nacional de Madrid. En él figuran las ventas y puentes existentes entonces, y que señalaban el paso de los principales caminos



EL FONDO DE TODAS LAS COSAS. Lo demás, como dice San Pablo, es figura que se desvanece.

El que el individuo no logre por sí solo lo que por la suma de energías logra la colectividad, es una consecuencia de esta estructura inicial de nuestra sociedad humana.

Theilard ha sabido ver que con nosotros los hombres ha terminado ya la evolución de las especies. Ahora la evolución sigue su curso en nuestro campo síquico y tiende a una socialización de la humanidad. Avanzaríamos así hacia una comunidad de conciencias.

Dice Theilard: «Los movimientos de socialización, de colectivización, de unión entre los hombres son un paso más de la onda evolutiva que envuelve al cosmos desde su formación.

En efecto éste es el panorama que puede observarse desde el punto de vista espacio-tiempo. Pero elevándonos sobre toda dimensión podríamos hallar que la realidad primaria es esta unidad y que la evolución consistiría en manifestar cada vez más este hecho primario.

No es que nos hagamos por la evolución más sociables, sino que esta realidad espiritual, esta Vida de la que ya hemos hablado se nos hace cada vez más patente por la evolución.

De ahí que la vida en común no es una aportación voluntaria en vista a una realidad del individuo, sino que es la evolución natural hacia la plenitud de esa realidad originaria que es convivencia.

LA VIDA NO SE NOS DA PARA POSEERLA, SINO PARA DIFUNDIRLA (R. Eizaguirre) y es por eso que el que la intenta poseer entre sus límites estrechos, la limita en un egocentrismo enfermizo y el que la difunde alcanza una gran personalidad. Es lo que dice el Evangelio: «Quien quisiere poner a salvo (egoístamente) su vida, la perderá: mas quien perdiere su vida por causa de mí (quien la perdiere dándola a los demás) la hallará».

Inserte en su libro «Despierta a la vida» pone este ejemplo: Supongamos que una persona hubiera vivido siempre en una habitación sin ventanas, cuyas paredes estuviesen cubiertas de espejos. La contemplación del campo, de la ciudad y de los demás seres le estaría, por tanto, vedada. Adonde quiera que dirigiese la vista siempre se vería a sí misma.

Pero si en esa habitación se abriesen grandes ventanales, el concepto de la vida y del mundo de aquella persona que por tantos años había estado allí encerrada, cambiaría radicalmente al presentarse ante sus ojos extasiados una vida completamente distinta de la que había llevado hasta entonces. Esa habitación de los espejos existe demasiado a menudo en la vida síquica.

¡Cuántas personas, en efecto, se han estado contemplando a sí mismas durante toda la vida, sin llegar jamás a participar de las tristezas de los demás ni a vivir sus alegrías!

Pero cuando en esa alma narcisista se abren las ventanas y las puertas de la comunicación que permite mirar a otras vidas, se produce una gran liberación vital. Por fin ha salido de sí mismo y a través de esas ventanas vislumbra la existencia de otras almas y de otras vidas llenas de palpitante interés. Ha pasado del sistema Ptolomaico al Heliocéntrico, de la posición falsa a la verdadera y entonces empieza a sentirse solidario de sus semejantes y del universo todo. Sus mezquindades que antes se le antojaban montañas quedan reducidas ante su visión aumentada, al tamaño de granitos de arena.

Al compartir los problemas de los demás y comprender sus angustias, al colaborar con ellos comienza a sentir como si el corazón se le ensanchara hasta caber en él todo el Universo. Las personas que le rodean y que antes huían su trato, se acercan sonrientes, sonrisa que es un reflejo de la que ella les proyecta. Se siente feliz, por primera vez vive la vida y por primera vez sabe lo que es ser católico.

Continúa el P. Eizaguirre: «Si la vida es comunicación, consentir, comprender, si todos los actos de la Vida tienen una transfusión, una compenetración; entonces la colaboración es, debe ser algo natural, connatural. No una cosa forzada al individuo, sino un dejar prolongarse y transparentarse a la Comunidad.

Los amigos de la Higiene mental ya nos advierten que es la colaboración voluntaria la que libera al individuo del egoísmo, hipocondría, etc., y de otras taras morales y síquicas. La colaboración forzada, en contra de la voluntad del individuo no libera en absoluto; al contrario, la colaboración forzada es a la colaboración espontánea, lo que la co-residencia es a la convivencia. Ahora bien, siendo la colaboración un acto particular de la convivencia, supone el primer acto de la Co-

muni6n: el coamarse, el covenerarse... Veneramos al pr6jimo porque le consideramos portador de valores eternos...

Estamos obligados, dulcemente obligados a aportar algo a este esp6ritu de colaboraci6n. En nuestra patria nos han dado una educaci6n individualista y nos han hecho creer que el individualismo es un 6ndice de personalidad que debe fomentarse hasta el m6ximo.

Con ello hemos ca6do en un egocentrismo que hace dif6cil la convivencia y casi imposible la colaboraci6n. El espa6ol no suele ser buen colaborador porque no ha sido educado en ese sentido, am6n de otros factores.

El aislado seg6n Iserte suele ser, seg6n los casos, t6mido, miedoso, pesimista, susceptible, vanidoso, desconfiado, cobarde, orgulloso y vengativo. Estas caracter6sticas negativas que posee en mayor o menor grado no son la causa, sino la consecuencia de su aislamiento, de su concepto err6neo y ego6sta de la vida. ¡Ay del s6lo! dicen las Sagradas Escrituras; en cambio, «Ecce quam bonum et quam jucundum...»

No hay armon6a sin colaboraci6n: ¿Por qu6 el p6blico protesta en un concierto cuando en un rinc6n de la sala se oye un murmullo de voces? Porque se ha producido una disarmon6a provocada por una falta de colaboraci6n.

¿Qui6n no ve con malos ojos, incluso en esta 6poca materialista que en un tranv6a vaya una viejecita de pie mientras a su lado un joven permanece sentado?

¿Por qu6 en la escuela, en el taller, en la oficina es mal visto el chivato? Porque ha faltado al esp6ritu de colaboraci6n.

Ciertamente el verdadero bienestar del individuo en la comunidad s6lo es posible en este clima de colaboraci6n.

La vida as6 vivida es verdaderamente hermosa, llena de paz y fortaleza. ¡Cu6n bueno vivir los hermanos unidos! «El hermano ayudado del hermano es como una ciudad fuerte...», nos dicen las Sagradas Escrituras. En efecto, la capacidad combativa del hombre est6 en relaci6n con la expansi6n de su vida.

Hallamos un eco de este esp6ritu de colaboraci6n en el Evangelio. Tomando la palabra Juan dice: «Maestro, hemos visto a uno echar los demonios en tu nombre y se lo hemos estorbado, porque no era de nuestra compa6a». Contest6le Jes6s: «No se lo estorb6is, pues el que

no está contra vosotros está con vosotros». (Luc. IX, 49). En este pasaje el Señor no admite el aislamiento de los Apóstoles, sino que les invita a colaborar en todos los de buena voluntad y la razón es que si no estaban contra El es que estaban con El, participaban de su misma vida y por tanto pertenecían a la gran familia del pueblo elegido.

¿COMO ALCANZAREMOS EN LA PRACTICA ESTE ESPIRITU DE COLABORACION?

1.º—Teniendo un concepto auténtico de la Vida y su proyección tal como lo hemos expuesto.

2.º—Fomentando el amor y veneración hacia los demás, ya que todos estamos llamados a hundirnos en ese abismo de amor y a fusionarnos en un abrazo único. Sólo así es posible gozar de la auténtica amistad y colaborar sin roces ni dificultades.

3.º—Esa veneración hará que no nos creamos superiores a los demás. Que busquemos y apreciemos el consejo de personas competente y dignas. No pretenderemos resolver por nosotros mismos todos los problemas. Nos acostumbraremos a mirar la parte positiva de nuestro prójimo y de los otros pueblos y descubriremos cualidades maravillosas que nos habían pasado desapercibidas.

4.º—Procurando no ser susceptible ni quisquilloso. Las personas taradas tienden a volverse muy susceptibles y apegadas al yo y a su vez la persona que no colabora se vuelve egoísta y se está preparando alguna tara mental o funcional.

5.º—Teniendo interés sincero por el bienestar de los demás. En medio de un mundo que se hunde en la inseguridad, en la incertidumbre y en la desconfianza, en medio de ese mundo falto de esperanza y de angustia, el precepto «amarás a tu prójimo» nos invita a la colaboración desinteresada por el bien de los demás.

No pretendo que la familia viva para nosotros, sino nosotros para la familia. No calculando la ganancia egoísta que vamos a sacar de dinero o del trabajo, sino la ayuda que proporcionará a nuestro prójimo.

Este interés y esta ayuda ha de llegar, si preciso fuere, hasta el sacrificio y el heroísmo, pues todo católico es un héroe y un mártir en potencia.

6.º—No buscando jamás excusas para no colaborar. Ni pretenderlas, ni admitirlas ni quererlas. Una excusa es peor que una mentira. Hay que colaborar a pesar de todo y por encima de todo. Las excusas son síntoma alarmante de cobardía y sicosis individualista.

Quien de veras desee adquirir ese espíritu de colaboración haga de esta verdad su mejor lema:

«LA VIDA NO SE NOS DA PARA POSEERLA, SINO PARA DIFUNDIRLA».